

Robert Bly

# La almohada y la llave

Traducción de Armando Pereira

**H**ablamos mucho acerca del "hombre americano", como si hubiera una cualidad constante que permaneciera estable a lo largo de varias décadas, o bien en el interior de una misma década.

En la actualidad, los hombres han desviado el rumbo alejándose del antiguo granjero feliz, orgulloso de su introversión, que llegó a Nueva Inglaterra en 1630, dispuesto a permanecer sentado durante tres oficios seguidos en una fría iglesia. En el sur, se desarrollaron dos tipos de hombre: uno expansivo y el otro encerrado en sí mismo, pero ninguno de estos dos "hombres americanos" guardaba semejanza con el voraz y codicioso empresario que más tarde se desarrollaría en el noreste, ni con el derrochador y atolondrado poblador del oeste.

En nuestra época, esos modelos han cambiado dramáticamente. Durante los años cincuenta, por ejemplo, un nuevo personaje americano apareció con tanta consistencia que llegó a convertirse en un arquetipo de masculinidad adoptado por muchos hombres: el macho de los cincuenta. Comenzaba a trabajar temprano, lo hacía responsablemente, mantenía a su mujer y a sus hijos y admiraba la disciplina. Reagan es una suerte de versión momificada de este tipo terco y tenaz. Esta clase de hombre no veía bien el alma de las mujeres, pero en cambio apreciaba sus cuerpos. Su visión de la cultura, y de la posición que Estados Unidos ocupaba en ella, era optimista y pueril. Muchas de sus cualidades fueron fuertes y positivas, pero debajo del encanto y de la fanfarronería había —y continúa habiendo— mucha soledad, carencias y pasividad. Sólo ante un enemigo llegaba a sentirse seguro de estar vivo.

Se suponía que al hombre de los cincuenta debía gustarle el fútbol, era agresivo, capaz de matar o robar por Estados Unidos, nunca lloraba y estaba siempre dispuesto a proveer lo necesario. Pero esta imagen de hombre se malograba en la intimidad o en la ternura. Su personalidad carecía de todo sentido de ligereza. Su espíritu no contemplaba la compasión, más bien incitaba el desastroso ejercicio de la guerra en Vietnam y, más tarde, su insensibilidad y brutalidad conduciría a la impotencia en El Salvador, y a la impotencia también frente a los viejos, los desempleados, los niños de escuela y, en general, frente a la gente pobre en nuestro propio país.

El macho de los cincuenta tenía una clara visión de lo que era el hombre y de sus responsabilidades como macho, pero su aislamiento y su unilateralidad resultaban peligrosos.

Durante los sesenta, otro tipo de hombre surgiría. El salvajismo y la violencia de la guerra de Vietnam hizo que los hombres se preguntaran si verdaderamente sabían lo que era un macho. Si la virilidad significaba Vietnam, ¿estaban dispuestos a participar de ella? Entre tanto, el movimiento feminista alentó a los hombres a que realmente confrontaran a la mujer, forzándolos a tomar conciencia de las inquietudes y sufrimientos que el macho de los cincuenta no había hecho sino eludir. Como hombres, comenzaron a examinar la historia y la sensibilidad de las mujeres, algunos incluso comenzaron a advertir lo que se ha llamado su parte femenina y pusieron atención a ella. Este proceso continúa hasta nuestros días y yo diría que la mayor parte de los hombres hoy están comprometidos con él.

El hecho de que los hombres asuman y alimenten su propia "femineidad" representa un desarrollo significativo, aunque tengo la sensación de que todavía subsiste algo equívoco en ello. El macho de hace veinte años ha devenido un sujeto más reflexivo, más benévolo; es un chico agradable y complaciente, no sólo con su madre, sino también con la chica que vive con él. Pero este proceso no lo ha hecho más libre.

En los setenta, comienza a producirse en todo el país un fenómeno que podríamos calificar como el surgimiento del "macho suave". A veces, aun hoy, cuando uno se dirige a un auditorio, se da cuenta de que por lo menos en un 50% está constituido por jóvenes que podrían definirse como "suaves". Son delicados, cariñosos y no están interesados en iniciar guerras o atentar contra el planeta. Manifiestan una actitud amable hacia la vida en todo sentido, comenzando por su propio estilo de vida.

Pero muchos de estos hombres no son felices. Se nota enseguida la ausencia de energía en ellos. Más que abandonarse a vivir, prefieren preservarse de la vida. Con frecuencia, uno los ve acompañados de mujeres fuertes que irradian energía. Se trata de jóvenes de buen tono, con un sentido ecológico superior al de sus padres, que simpatizan con la

armonía del universo y que, incluso, muestran una cierta vitalidad.

La mujer fuerte y enérgica, graduada en los sesenta, por decirlo así, y heredera de un viejo espíritu, ha jugado un importante papel en la emergencia de este tipo de hombre. Recuerdo un graffiti en los sesenta en el que se leía: "Las mujeres dicen sí a los hombres que dicen no." Reconozco que hacía falta mucho coraje para resistir a esta pinta, tanto como para ir a la cárcel, mudarse a Canadá o ir a Vietnam. Pero las mujeres de hace veinte años definitivamente preferían a un hombre suave y receptivo en lugar de un macho.

Así, esta preferencia femenina terminó afectando de alguna manera el propio desarrollo de los hombres. Mientras que la pasividad masculina era premiada, la no pasividad se equiparaba con la violencia.

Algunas mujeres enérgicas, tanto entonces como ahora en los noventa, elegían y siguen eligiendo a hombres delicados como amantes y también, de alguna manera, como hijos. La nueva distribución de la energía "yang" entre las parejas no resultaba accidental. Por muchas razones, los jóvenes preferían a mujeres duras, mientras las mujeres deseaban hombres suaves. Por un tiempo, éste pareció haber sido un buen arreglo, pero después de haberlo vivido el tiempo suficiente, ahora nos damos cuenta que en realidad no ha funcionado.

Me enteré por primera vez de la angustia de los hombres "suaves" al escucharlos contar sus historias en reuniones exclusivamente masculinas. En 1980, la Comunidad Lama de Nuevo México me pidió que dictara unas conferencias sólo para hombres, en las cuales participarían alrededor de cuarenta personas. Cada día nos centrábamos en un dios griego y en su historia, y luego, por las tardes, volvíamos a reunirnos ya sólo para conversar. Una de esas tardes, cuando el más joven hizo uso de la palabra, no resultó nada extraño para ellos que se echara a llorar. La cantidad de dolor y de angustia que había en ese joven me asombró.

Gran parte de su dolor se remontaba hasta sus padres. Había aprendido a ser receptivo, pero no lo suficiente como para cargar con los problemas de los diferentes matrimonios y relaciones de pareja de sus padres. En cada relación había algo violento, cruel, que tanto su padre como su madre necesitaban repetir una y otra vez. En el momento en que esa violencia emergía, el joven tenía que interceder para mitigarla: ellos necesitaban a un tercero, tanto en su relación como en su vida.

El "macho suave" podría decir: "Puedo sentir tu dolor y considero tu vida tan importante como la mía. Te cuidaré y te confortaré." Él, en cambio, no dijo nunca lo que quería y eso lo afectó. Decidió, por lo tanto, que él estaba hecho de una materia diferente.

En *La Odisea*, Hermes instruye a Odiseo diciéndole que cuando se aproxime a Circe, que está protegida por una cierta energía matriarcal, debe sacar o por lo menos mostrar su espada. En esta época, resulta difícil para muchos jóvenes distinguir entre mostrar una espada y herir a alguien.



Un hombre que encarna ciertas actitudes espirituales de los sesenta, que ha vivido por lo menos durante un año en el campo a las afueras de Santa Cruz, se siente incapaz de extender su brazo si sostiene una espada. Ha aprendido muy bien a no herir a nadie que no pueda también levantar su espada, aunque sólo sea para reflejar en ella la luz del sol. Pero mostrar una espada no necesariamente significa combatir. Puede también sugerir una sencilla y alegre entereza.

El viaje de muchos americanos hacia la suavidad, la receptividad o el "desarrollo de su parte femenina" ha sido un viaje realmente invaluable. Pero viajan mucho más lejos las mentiras.

### *El descubrimiento de Juan de Hierro*

Uno de los cuentos de hadas que habla de una tercera posibilidad para los hombres, es un relato titulado "Iron John" o "Iron Hans". Aunque la llevaron al papel por primera vez los hermanos Grimm alrededor de 1820, es una historia que se remonta diez o veinte mil años atrás.

La historia comienza con un extraño incidente ocurrido en una zona remota del bosque cercano al castillo del rey: los cazadores que penetraban en esa parte del bosque, desaparecían de pronto y no regresaban jamás. A un grupo de cazadores lo seguía otro y a éste otro más, pero ninguno de ellos volvía. Durante un tiempo, la gente empezó a sentir que algo misterioso había en esa región del bosque y decidieron no ir más hacia allí.

Un día, un cazador desconocido se presentó en el castillo



y le dijo al rey: "Algo maligno existe en torno a este lugar, ¿qué puedo hacer?" El rey le contestó: "Hay un misterio en el bosque. La gente que se interna en él ya no regresa." "Éstas son precisamente las cosas que me gustan", dijo el joven cazador despidiéndose del rey y se dirigió hacia el bosque, acompañado sólo por su perro. El cazador y su perro vagabundearon por el bosque, internándose hasta la pequeña laguna de donde parecía emanar el peligro. De pronto, una mano salió del agua, atrapó al perro y en un santiamén lo sumergió en el lago.

El joven no se alteró. Tan sólo se dijo: "Éste debe ser el lugar."

Aunque estaba encariñado con su perro y le afligió la idea de abandonarlo, regresó presuroso al castillo, reunió a varios hombres armados de cubetas y volvió con ellos a la pequeña laguna decidido a vaciarla. Cualquiera que alguna vez lo haya intentado, se daría cuenta enseguida que se trataba de un trabajo demasiado lento e inútil.

Después de un largo lapso de trabajo extenuante, lo que encontraron al fin, tendido en el fondo del lago, fue un hombre enorme cubierto de pelo de la cabeza a los pies. El pelo era rojizo, del color de la herrumbre. Llevaron al hombre al castillo y allí lo encarcelaron. El rey lo metió en una jaula de hierro, situada en un patio posterior del castillo, le puso por nombre "Juan de Hierro", y le pidió a la reina que guardara la llave de la jaula.

Detengamos aquí el relato, tan sólo por un momento.

Si las circunstancias lo favorecen, cuando un hombre con-

temporáneo mira hacia su interior, podrá encontrar, bajo las oscuras aguas de su conciencia, yaciendo en un lugar que durante largo tiempo no ha sido visitado por nadie, a ese antepasado peludo.

Los sistemas mitológicos suelen asociar el pelo con lo instintivo, lo sexual y lo primitivo. Lo que estoy sugiriendo, entonces, es que cada macho moderno tiene, yaciendo al fondo de su conciencia, a un hombre enorme y primitivo cubierto de pelo hasta los pies. Entrar en contacto con ese Hombre Salvaje es el paso que el macho de los ochenta y de los noventa no ha dado aún. El proceso de vaciar a cubetas la laguna habrá de iniciarse en nuestra cultura contemporánea.

Como el cuento sutilmente lo sugiere, hay algo más que miedo en torno a este hombre peludo, como lo hay también alrededor de todo cambio significativo. Cuando el hombre comienza a desarrollar su parte receptiva y a superar su inicial timidez, generalmente comprende que se trata de una maravillosa experiencia. Llegará a escribir poesía y saldrá a sentarse junto al mar, no tendrá que vivir obsesionado por su sexo: ha devenido uno con el mundo y el mundo ha devenido nuevo y sorprendente.

Pero sumergirse en el agua y tocar al Hombre Salvaje al fondo de la laguna, es un asunto un poco diferente. Ese nuevo ser que apenas está levantándose sobre sus pies lo hace ya atemorizado, sobre todo ahora que las corporaciones intentan hasta lo imposible hacer de él un hombre sano, lampiño, superficial. Cuando el hombre asume su sensibilidad o lo que alguna vez se ha llamado su mujer interna, llega a sentirse más cálido, más sociable, más vivo. Pero cuando se acerca a lo que llamaremos el "macho profundo", no puede dejar de sentir el peligro. Asumir al hombre peludo es sin duda riesgoso, intimidatorio y requiere de un valor distinto. Entrar en contacto con Juan de Hierro implica la voluntad de descender dentro del macho que existe al fondo de nuestra conciencia y aceptar la oscuridad que habita allí, la oscuridad que lo alimenta.

Durante varias generaciones, la comunidad industrial previno al joven empresario para que se mantuviera alejado de Juan de Hierro; tampoco a la Iglesia cristiana le simpatizaba.

Freud, Jung y Wilhelm Reich fueron tres investigadores que tuvieron el valor de sumergirse en la laguna y aceptar lo que encontraron allí. La tarea del hombre contemporáneo es seguirlos en esa inmersión.

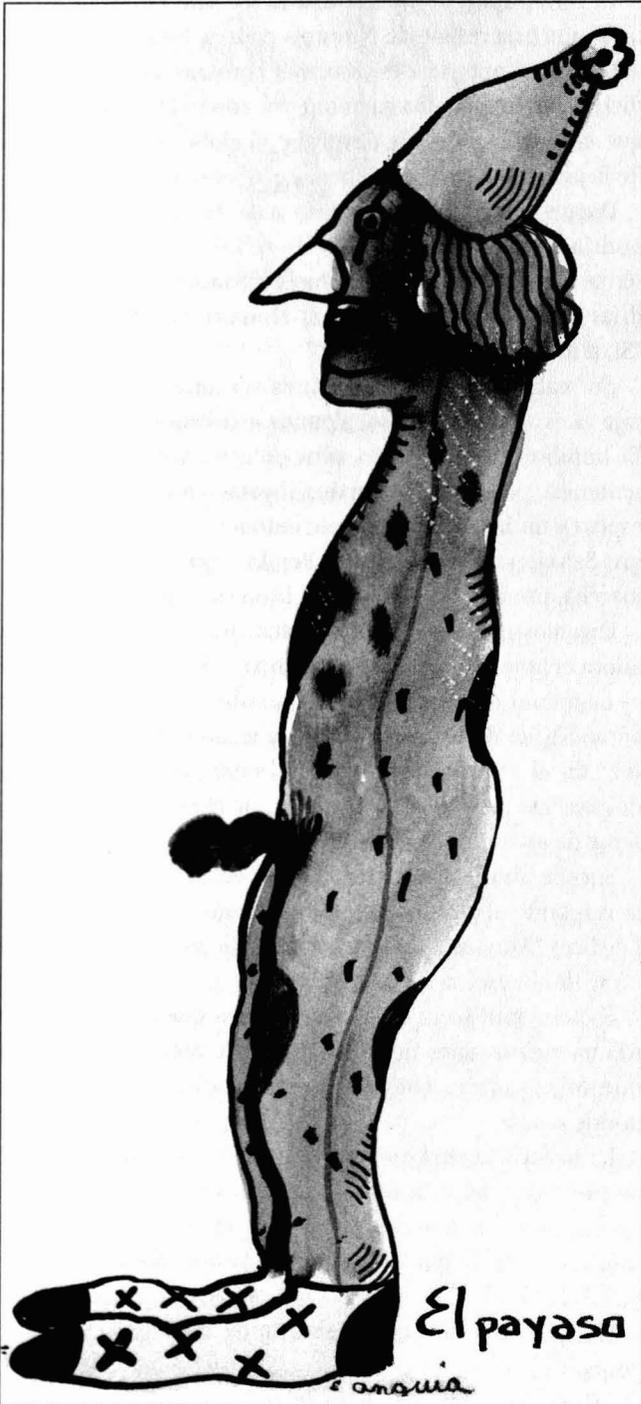
Algunos hombres han cumplido ya con esa tarea y el hombre peludo ha sido conducido a la superficie de sus conciencias y ahora vive tranquilamente en el patio trasero. "En el patio trasero" quiere decir que el individuo o la cultura lo han llevado al fin a un lugar soleado donde todo el mundo pueda verlo. Eso es mucho mejor que tenerlo escondido en el sótano en el que ciertos intereses particulares de la cultura quisieran mantenerlo. Aunque, por supuesto, en cualquier lugar donde se encuentre, todavía permanece en una jaula.

## La pérdida del globo dorado

Regresemos ahora al relato.

Un día, el hijo pequeño del rey estaba jugando en el patio con su globo dorado. De pronto, sin que el niño pudiera hacer nada, el globo rodó y se perdió dentro de la jaula del Hombre Salvaje. Si el niño quería recobrar de nuevo su globo, tendría que aproximarse al Hombre Peludo y pedírselo. Pero eso podía representar un problema.

El globo dorado nos recuerda esa unidad de la personalidad que teníamos cuando niños —un cierto esplendor o plenitud—, antes de dividirnos en dos mitades: macho y hembra, rico y pobre, bueno y malo. El globo es dorado y



redondo como el sol y, como el sol, nos entrega desde su interior su radiante energía.

El hijo del rey tenía ocho años. Y como él, todos nosotros, cuando fuimos niños, también perdimos algo más o menos a la edad de ocho años. Si aún conservamos el globo dorado en el *kindergarten*, lo perderemos en la primaria; si lo conservamos en la primaria, lo perderemos en la prepa. No importa si somos machos o hembras, alguna vez el globo dorado se irá y dedicaremos el resto de nuestras vidas a ir a buscarlo.

El primer paso para recuperarlo consiste en aceptar —con firmeza, con decisión— que el globo se ha perdido. Freud dijo alguna vez: "Qué penoso contraste existe entre la radiante inteligencia de un niño y la endeble mentalidad de un adulto común."

¿Dónde está entonces el globo dorado? Hablando metafóricamente, podríamos decir que la cultura de los sesenta le dijo a los hombres que lo encontrarían en la sensibilidad, en la cooperación, en la receptividad, en la pasividad. Pero aunque muchos hombres renunciaron a su agresividad, aún no encuentran su globo dorado.

La historia de Juan de Hierro en ningún momento sugiere que se encontrará el globo dorado en el dominio femenino, porque no es ahí donde el globo está. El marido secretamente le pregunta a la esposa si puede devolverle su globo dorado. Creo que si ella pudiera se lo devolvería, pues según mi experiencia la mayor parte de las mujeres no busca impedir el desarrollo de los hombres, pero tampoco pueden otorgárselo, pues no depende de ellas. Lo que es más, ellas también han perdido su propio globo dorado y no lo gran encontrarlo.

Simplificando, podríamos decir que si el macho de los cincuenta le pidió a la mujer que le devolviera su globo dorado, el de los sesenta y setenta, con la misma necesidad de alcanzarlo, se lo pidió a su propia parte femenina. La historia de Juan de Hierro propone, más bien, que el globo dorado se encuentra en el campo magnético del Hombre Salvaje, que nos resulta inaccesible. Tenemos que aceptar entonces la posibilidad de que la verdadera energía radiante del hombre no reside, ni se esconde, ni nos espera en el ámbito femenino, tampoco en el dominio del macho al estilo John Wayne, sino en el campo magnético que habita al fondo de lo masculino. Y está protegido por lo instintivo, que ha permanecido sumergido en nosotros desde quién sabe cuándo.

En "El príncipe de las ranas", es la rana más desagradable la encargada de recobrar el globo dorado. Y en la versión de los hermanos Grimm, la rana se convierte en príncipe sólo cuando una mano la arroja contra la pared. La mayoría de los hombres quiere que una persona agradable y simpática les devuelva el globo dorado. Pero el cuento insinúa que no encontraremos el globo en el campo de fuerza de un gurú asiático ni en el del apacible Jesús. El relato no es anticristiano, sino precristiano por alrededor de mil años, y aún su mensaje sigue siendo válido: el retorno del globo dorado es incompatible con cierto grado de docilidad, moderación o

cubetazo a cubetazo. Se trata de algo similar a la lenta disciplina del arte: es el trabajo que Rembrandt hizo, que Picasso, Yeats, Rilke y Bach hicieron. Sacar el agua a cubetazos implica mucha más disciplina de la que la mayoría de los hombres conoce.

Jung observa que toda demanda exitosa dirigida a nuestra conciencia conlleva negociaciones, pues a la mente le gusta hacer tratos. Si una parte de ti, por ejemplo, es inmensamente perezosa y no quiere trabajar, ningún propósito de Año Nuevo podría cambiarla. Lo que hay que hacer es decirle a tu parte perezosa: "Déjame trabajar una hora y yo te dejaré descansar una hora, ¿de acuerdo?" Así, en la historia de Juan de Hierro existe un trato: el Hombre Salvaje está de acuerdo en devolver el globo dorado si el niño abre la jaula.

El niño, aparentemente asustado, sale corriendo. No tiene aún una respuesta. Nuestros padres, los sacerdotes, los maestros, las autoridades escolares, constantemente nos han dicho que no tenemos nada que ver con el Hombre Salvaje, que cuando él dice: "Te devolveré el globo si me dejas salir de la jaula", nosotros no debemos responder.

Digamos que han pasado ya más de diez años. El hombre podría ahora tener alrededor de veinticinco años. Se presenta una vez más ante el Hombre Salvaje y le dice: "¿Podrías devolverme mi globo?" El Hombre Salvaje responde: "Sí, si me dejas salir de la jaula."

En realidad, volver una segunda vez ante el Hombre Salvaje ya es algo maravilloso; algunos hombres nunca vuelven. El hombre de veinticinco años escucha perfectamente la sentencia, pero ahora tiene dos Toyotas y una hipoteca, una esposa y un hijo. ¿Cómo puede entonces dejar que el Hombre Salvaje salga de su jaula? Por lo regular, el hombre se marcha, por segunda vez, sin decir una sola palabra.

Digamos que otros diez años han pasado. Digamos que ahora el hombre tiene treinta y cinco... ¿has visto alguna vez el desánimo en el rostro de un hombre de treinta y cinco años? Sintiénese cansado, vacío, alienado, le pregunta esta vez con el corazón henchido al Hombre Salvaje: "¿Podrías devolverme mi globo?" "Sí —responde el Hombre Salvaje—, si me dejas salir de la jaula."

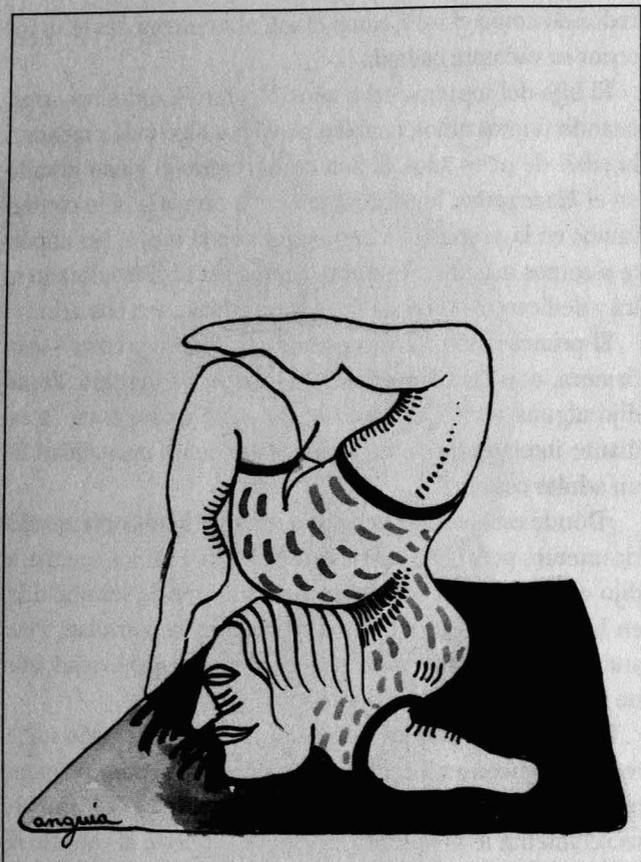
Sucede ahora algo extraordinario en la historia: el joven le responde al Hombre Salvaje y la conversación continúa. Le dice: "Aunque quisiera dejarte salir no podría, porque no sé dónde está la llave."

Eso está muy bien: en el momento en que alcanzamos los treinta y cinco años no sabemos dónde está la llave. No es que lo hayamos olvidado; en realidad, nunca supimos dónde estaba.

La historia cuenta que cuando el rey encerró al Hombre Salvaje, le pidió a la reina que guardara la llave. En esa época, nosotros sólo teníamos ocho años y nuestro padre nunca nos dijo lo que había hecho con ella. ¿Dónde está entonces la llave?

He escuchado a mucha gente tratar de contestar la pregunta:

—Está alrededor del cuello del niño.



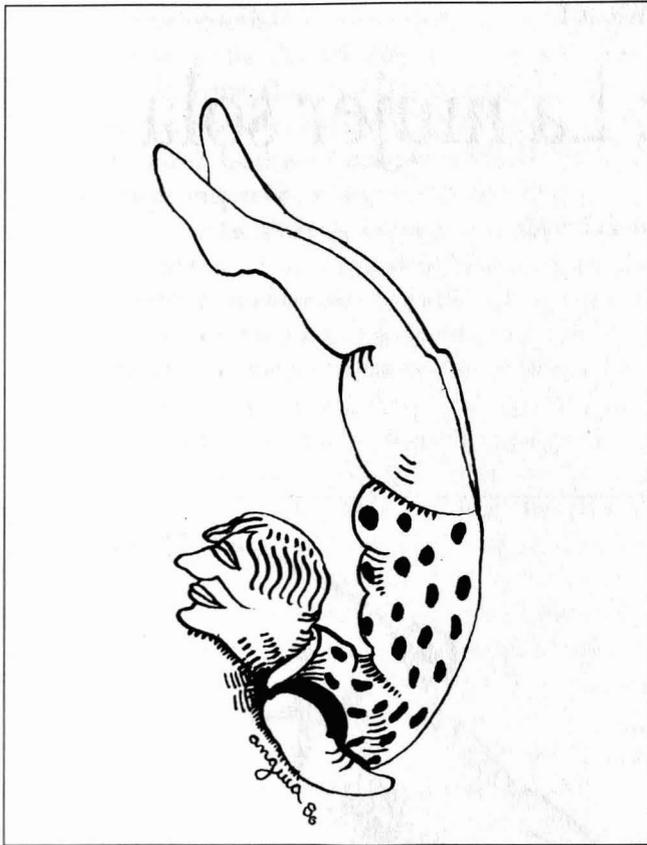
refinamiento convencionales. El elemento de tosquedad o rudeza implícito en la imagen del Hombre Salvaje no es el mismo que habita en el macho violento, que los hombres conocen de sobra. Por el contrario, la energía del Hombre Salvaje conduce a emprender una acción resuelta, decidida, pero sin crueldad.

El Hombre Salvaje no está opuesto a la civilización, pero tampoco tiene cabida plenamente en ella. La superestructura ética del cristianismo popular no acepta al Hombre Salvaje, aunque existe en ella alguna sugerencia de que el propio Cristo también lo era. Al principio de su sacerdocio, un Juan Peludo, después de todo, lo bautizó.

Cuando llegue el momento de que el joven macho hable con el Hombre Salvaje, esa conversación será muy distinta de la que podría tenerse con un sacerdote, un rabino o un gurú. Conversar con el Hombre Salvaje no consiste en hablar de la bienaventuranza, la inteligencia, el espíritu o la "alta conciencia", sino de lo húmedo, lo bajo, lo oscuro, eso que James Hillman llamaría "el alma".

Ese es el primer paso para acercarse a la jaula y pedir que el globo dorado nos sea devuelto. Algunos hombres ya están listos para darlo, mientras que otros todavía no han vaciado a cubetazos el agua de la laguna: no han abandonado su colectiva identidad de machos para ir solos a la zona desconocida, o bien acompañados únicamente por su perro.

La historia nos dice que sólo después de que el perro desapareciera bajo el agua, comenzó el trabajo de vaciar la laguna a cubetazos. Ningún gigante va a venir a sacar el agua por nosotros: ningún recurso mágico va a ayudarnos. El ácido y la cocaína tampoco. El hombre tendrá que hacerlo



—No.

—Está escondida en la jaula de Juan de Hierro.

—No.

—Está dentro del globo dorado.

—No.

—Está dentro del castillo, colgada de un gancho en el cuarto del tesoro.

—No.

—Está en la torre, colgada de un gancho en la pared.

—No.

El Hombre Salvaje responde al fin: “La llave está bajo la almohada de tu madre.”

La llave no está entonces dentro del globo, ni en el cofre dorado, ni en la caja fuerte... La llave está bajo la almohada de la madre, justo donde Freud había dicho que estaba. Extraer la llave de debajo de la almohada de nuestra madre es un asunto problemático. Freud, a propósito de una obra griega, dijo que si un hombre quería tener una larga vida, no debía abandonarse a la atracción mutua entre él y su madre. La almohada de la madre está en la cama donde ella hace el amor con nuestro padre. Además, hay aún otra implicación que atañe a la almohada.

El mitólogo Michael Meade me hizo notar que la almohada era también el lugar donde la madre guarda todas sus expectativas con respecto al hijo. Ella sueña: “Mi hijo, el doctor”, “Mi hijo, el analista jungiano”, “Mi hijo, el genio de Wall Street”. Pero muy pocas madres sueñan: “Mi hijo, el Hombre Salvaje.”

En cuanto al hijo, en realidad él no está seguro de que quiere tomar la llave. El simple hecho de transferir la llave

de la almohada de la madre a la almohada del gurú no lo ayudará. Y olvidar que la madre la posee es un grave error. Después de todo, la tarea de una madre es civilizar al hijo, por eso es natural que ella guarde la llave. Todas las familias se conducen del mismo modo: en nuestro planeta, el rey deja la llave al cuidado de la reina.

Atacar a la madre, confrontarla, gritarle, como algunos freudianos nos proponen, probablemente no resulte muy aconsejable. Ella podría limitarse a sonreír y hablarnos acodada en la almohada. Las conversaciones de Edipo con Yocasta nunca lograron gran cosa; tampoco los gritos de Hamlet.

Una vez un amigo me dijo que era sensato robar la llave un día en el que mamá y papá no estuvieran en casa. “Mamá y papá no están en casa” implica que nuestra mente está libre de inhibiciones paternas. Ese es justamente el día en el que hay que robar la llave. El escritor y cuentista Gioia Timpanelli ha señalado que, mitológicamente, el robo de la llave pertenece al mundo de Hérmes.

Y sin embargo la llave ha sido robada. En una ocasión, dirigiéndome a un auditorio constituido por hombres y mujeres, me referí al problema del robo de la llave. Un joven, educado en los buenos modales del *new age*, me dijo: “Robert, me molesta la idea del robo de la llave. Robar no es correcto. No podría cualquiera de nosotros presentarse ante su madre y decirle: ‘Mamá, ¿podrías devolverme la llave?’”

Su actitud, esa manera de poner las cosas como en la repisa de una tienda de comida saludable, probablemente era consenso. Sin embargo, por un momento sentí que el alma de las mujeres del auditorio se sublevaba con ganas de matarlo. Hombres como ése son tan peligrosos para las mujeres, como ellas lo son para hombres como ése.

Ninguna madre que se precie de ser madre entregaría la llave. Si el hijo no se atreve a robarla, es que no la merece.

—Mamá, quiero dejar salir al Hombre Salvaje.

—Anda, ven y dale un beso a mamá.

Intuitivamente, las madres saben lo que sucedería si el hijo consiguiera la llave: perderían al hijo. El dominio que las madres ejercen sobre los hijos —para no mencionar el de los padres sobre las hijas— no debe ser nunca subestimado.

Un joven, algo tieso y almidonado, bailó vigorosamente durante casi toda una noche y, a la mañana siguiente, sentenció orgulloso: “Añoche recobré un poco de la llave.” Otro recuperó la llave cuando actuó como un sincero embaucador por primera vez en su vida, siendo plenamente consciente de sus tretas. Otro sintió que robaba la llave cuando confrontó a su familia y rechazó seguir cargando por más tiempo con la vergüenza familiar.

Podríamos pasar días enteros hablando de cómo robar la llave de una manera práctica. La historia en sí misma no concluye nada, simplemente nos dice: “Un día él robó la llave y abrió la jaula del Hombre Salvaje.” Así, el Hombre Salvaje quedó libre al fin y pudo regresar al bosque, lejos del castillo. ◇